



Las aventuras de

El Genio Proscenio

Las lágrimas de Boabdil



MERCÉ VIANA



¡Vaya discusión tonta!

El curso había comenzado con un nuevo compañero, Yusuf, un niño agradable con los demás y muy discreto. Hablaba bastante bien el castellano, porque llevaba en España desde los seis años. Había vivido en diferentes partes de nuestra geografía, dependiendo del trabajo de su padre, Qasim. La madre, Amina, no trabajaba fuera de casa.

Los chicos y chicas del colegio lo acogieron bien y, desde el principio, intentaron que se encontrara cómodo entre ellos. Sin embargo, cuan-

do Yusuf parecía estar integrado en clase, uno de los compañeros, Marcos, fue cambiando su actitud hacia el recién llegado. Su esquivez no tardó en ser advertida por los demás y, cuando alguien le preguntaba si le había pasado algo con él, tan solo respondía:

—¡Bah! Cada vez vienen más...

El tiempo transcurría sin pena ni gloria, hasta que una mañana, a la hora del recreo, estalló lo que tenía que estallar. Marcos, con una agresividad inusual, se había negado a que Yusuf jugara al fútbol con los demás. Los compañeros no entendían aquella salida de tono y se quedaron más que sorprendidos mientras le escuchaban:

—¡Qué se vaya a su país! Mi padre dice que con tanto extranjero aquí, al final tendremos que salir nosotros.

Yusuf, con los ojos brillantes, hacía verdaderos esfuerzos por mantener la calma hasta que le dijo:

—Eres injusto conmigo. Yo no soy un extranjero.

—¡Ah!, ¿no? ¿Entonces qué eres?

—Algunos de mis antepasados nacieron y murieron en la ciudad de Granada. Los últimos tuvieron que abandonar su casa, hace quinientos años, para refugiarse en el país donde yo nací.

Marcos lo miró con recelo y le dijo incrédulo:

—¡No me digas!

—¡Es verdad!

Justo en aquel momento, apareció Pilar, la tutora que tenían ese curso:

—¿Qué está pasando aquí?

Los muchachos se miraron unos a otros y contestaron:

—Nada.

—¿Cómo que nada, si estáis rodeando a estos dos con cara de patos espantados?

El silencio era absoluto hasta que Marcos decidió romperlo:

—Este, que ahora me sale con que es como nosotros y eso no es verdad, porque...

—Pero Marcos, ¿se puede saber qué estás diciendo? Claro que Yusuf es como tú y como yo, ¿o es que tiene dos cabezas y catorce brazos?

—Pero él es extranjero y mi padre dice que...

—No sé lo que dice tu padre ni me interesa, pero ahora mismo nos vamos a clase a hablar de estas co-



sas, que tengo la impresión de que hace mucha falta.

—¡Oh, no! —protestaron los demás—. ¡Pero si aún nos quedan veinte minutos para jugar a fútbol!

Pilar se quedó pensando un momento hasta que dijo:

—De acuerdo, hablaremos luego.

La verdad es que ni fútbol ni futbito. Marcos continuaba negándose a jugar con Yusuf, este les dijo que no se preocupasen por él, se retiró a un rincón del patio y los demás se quedaron sin saber qué hacer ni qué decir. Una vez en clase, Pilar hizo repetir a los dos implicados lo que se habían dicho en el patio. Marcos, cuando volvió a escuchar lo de sus antepasados, saltó:

—Encima es un mentiroso. ¡Quienientos años... no te digo!

—¡Yo no miento! —exclamó Yusuf, ofendido—. Mi padre me lo ha contado y el suyo se lo contó a él, como se ha hecho en cada generación. Además, todavía conservamos la llave de la casa.

La profesora comenzó a interesarse por lo que decía Yusuf. La llave de la casa de una familia expulsada quinientos años atrás... No, no era la primera vez que había oído hablar de historias parecidas. La última se refería a una familia sefardí desterrada de la ciudad de Toledo.

Decidió pedir al chico que les contara todo lo que supiera de esa llave, pero antes aprovechó lo que había ocurrido para plantear a toda la clase la gravedad que encerraba la postura de Marcos. Todo el mundo, fuera de donde fuese, tenía derecho a buscar dentro o fuera de su

país un trabajo digno. También los españoles, en otros tiempos de escasez, habían tenido que emigrar a diferentes países europeos en busca de una vida mejor.

—A nadie le gusta dejar su tierra si no es por necesidad —acabó diciendo.

—Pero, Pilar, esta también es un poco mi tierra —volvió a decir Yusuf.

La profesora le miró dulcemente y:

—Toda la tierra es un poco de todos, Yusuf, pero ¿por qué no nos cuentas la historia que te contó tu padre sobre vuestros antepasados?

—¿De verdad queréis oírla? —preguntó el muchacho con incredulidad y cierta emoción en su voz.

El resto de compañeros y compañeras de clase, que comenzaban a

tener curiosidad, contestaron:

—¡Pues claro!

—¡Venga, Yusuf, cuéntala!

—¡Jolines, tío, a mí ya me tienes en vilo!

—¡Y a mí!

Pilar le dio una palmadita en la espalda, como animándole a que comenzara, y el muchacho, con voz emocionada, inició su relato:

—Nosotros somos bereberes y cuenta mi padre que, durante muchas generaciones, nuestros antepasados vivieron en Granada. Fueron artesanos. Se dedicaban a la taracea...

—¿Tara qué?

—¿Qué es eso? —le interrumpieron.

—Dejadle continuar —pidió la titora.

—Taracea, he dicho taracea. Es un trabajo que consiste en incrustar trocitos de nácar, conchas o metales en la madera para hacer cofres, estuches, mesas...

—¡Qué chulo! —dijo Lucía.

—Pues yo tengo una cajita de madera con nácar incrustado que me trajo mi tía Carmen de Granada, el año pasado —añadió Paula.

—¿Queréis hacer el favor de no interrumpirle? —pidió la profesora, esta vez un poco molesta—. Venga, Yusuf, continúa.

—Pues eso, que mi familia se dedicaba a la artesanía y que, según dice mi padre, llegaron a tener un taller importante, en el que trabajaban también algunos aprendices.

»La casa taller se encontraba en la parte alta de la ciudad llamada el

Albaicín, una casa sobria por fuera y muy cómoda por dentro, tal como eran las viviendas de entonces, pero lo más importante es que se trataba de la vivienda de la familia.

»Los años fueron pasando y en el reino de Granada convivían apaciblemente musulmanes, cristianos y también judíos. No existían problemas entre ellos.

»Cuenta mi padre que, durante el reinado de Boabdil, el ejército cristiano rodeó Granada, y el rey, por temor a que destruyesen la ciudad que tanto amaba, decidió rendirse.

»La reina cristiana se comprometió a dejar que los musulmanes continuaran viviendo en la ciudad, según sus costumbres. Pasó algún tiempo y los acuerdos entre la reina cristiana y Boabdil se rompieron, y muchos musulmanes que deseaban seguir fieles

a su religión fueron desalojados de sus casas y expulsados de la ciudad. Mi familia sufrió esa decisión que no entendía. Cogió las pertenencias que pudo y la llave de la casa, con la esperanza de que podría recuperarla algún día. Embarcó con otras familias con destino al norte de África y allí se instalaron todas ellas siempre con la vista puesta al otro lado del mar.

»Desde entonces, esta historia ha sido transmitida de generación en generación y la llave de la casa la ha heredado el primer varón de cada una de ellas, por eso ahora la tiene mi padre y por eso nos sentimos un poquito granadinos.

La clase permanecía en silencio. Algunos de los alumnos incluso parecían emocionados por el relato, hasta que Pilar, la tutora, dirigiéndose a los demás, les dijo:

—Una historia interesante, ¿verdad?

—Muy chula.

—Un poco triste...

—Pero es guay.

Pilar sonrió y les propuso:

—Se me acaba de ocurrir una idea. ¿Por qué no hacemos una investigación sobre el reino musulmán de Granada?

—¿Más trabajo? —se oyó decir a alguien.

Las caras de los muchachos no parecían muy animadas hasta que la profesora añadió:

—Y, si vuestro interés va en aumento, cosa que no dudo, la investigación podría acabar, por ejemplo, por ejemplo, en una visita a Granada para el final de curso...

El semblante de aquellos chicos y chicas cambió completamente. Sus ojos se iluminaron como los luceros en la noche y comenzaron a exclamar con alegría:

—¿Un viaje a Granada?

—¿Vamos a ir a Granada a final de curso?

—¿Nos dejarás ir a las discotecas?

—¿Visitaremos la casa de Yusuf?

Pilar comenzó a reír con ganas y les contestó:

—Todo se andará. De momento hemos de organizarnos muy bien para la investigación. Mañana traeré unas notas sobre el tema y, en función de las preguntas que os sugiera, enfocaremos el trabajo, ¿de acuerdo?